

Séneca

***

De la tranquilidad del ánimo



A SERENO

I. SERENO: Cuando me examinaba a mí mismo, ¡oh Séneca!, aparecían en mí algunos vicios, puestos tan al descubierto que podía cogerlos con la mano; otros más obscuros y apartados, otros no continuos, sino que vuelven de cuando en cuando, de los cuales estoy por decir que son los más molestos, como esos enemigos escondidos que asaltan en las ocasiones, con los cuales ni se puede estar preparado como en la guerra, ni seguro como en la paz.

Sin embargo, el estado en que principalmente me encuentro (¿por qué no he de confesarte la verdad como a un médico?) es el de ni estar liberado por completo de aquellas cosas que temía y odiaba, ni totalmente sometido a ellas; así estoy colocado en un estado que, no siendo el peor, es el más lamentable y molesto, porque ni estoy del todo enfermo, ni sano. Y no me digas que son tiernos los principios de todas las virtudes, que con el tiempo adquieren dureza y fuerza. Tampoco ignoro que en las cosas en que se trabaja por la estimación -me refiero a las dignidades, a la fama de elocuencia y a cuanto proviene del voto ajeno-, todo se consolida con el tiempo; y que así las que comunican verdaderas fuerzas como las que para agradar se revisten de falsas apariencias, han de esperar años hasta que poco a poco la duración les dé color; pero temo que la costumbre, que da consistencia a las cosas, no fije más profundamente en mí este vicio. La larga familiaridad, tanto de lo malo como lo de bueno, engendra cariño.

Esta flaqueza del ánimo, que permanece dudosa entre lo uno y lo otro y ni se inclina fuertemente a lo recto ni a lo depravado, no te la puedo exponer de una vez, sino que he de ir por partes; yo te contaré lo que me pasa y tú encontrarás un nombre para esta enfermedad. Confieso que siento un gran amor por la templanza: me gusta una cama no adornada ambiciosamente, y vestido que no haya sido sacado del arca y planchado con pesos y mil tormentos para obligarle a que resplandezca, sino que sea casero y común y que ni haya de ser guardado ni puesto con solicitud; me gusta una comida que ni hayan tenido que prepararla todos los de la casa, ni admire a los convidados, ni tenga que ser ordenada con muchos días de anticipación, ni servida por las manos de muchos, sino la corriente y fácil, que no tenga nada de rebuscada ni de preciosa, que se encuentre por todas partes, que no sea pesada ni al patrimonio ni al cuerpo, ni haya de salir por donde ha entrado; me gusta el criado inculto y el esclavo tosco, la pesada plata de mi rústico padre sin el nombre del artífice, y una mesa no vistosa por la variedad de colores, ni conocida en la ciudad por haber pasado por muchos dueños elegantes, sino la que baste para el uso y no retenga voluptuosamente los ojos de ningún convidado, ni encienda su envidia. Pero gustándome mucho todo esto, me aprieta el ánimo el aparato de algún pedagogo, esos esclavos vestidos con una mayor diligencia y con más oro que para una procesión, ese ejército de siervos resplandecientes; la casa en que se pisan preciosas alfombras, en que las riquezas están diseminadas por todos los rincones, los techos son refulgentes y hay siempre esa muchedumbre que acompaña a los patrimonios que se despilfarran. ¿Qué diré de esas aguas, relucientes hasta el fondo, que rodean a los convidados, y de los banquetes dignos de este escenario? Lo que sí digo es que, al venir de la lejana frugalidad, me cercó con sus resplandores el lujo que por todas partes resuena a mi alrededor. Mi vista vacila un poco y más fácilmente separo de él el ánimo que los ojos. Así me retiro no peor, pero sí más triste, y entre mis deslucidas cosas no me encuentro ya satisfecho y me acomete un sordo remordimiento y la duda de si serán mejores estas otras cosas. Ninguna de ellas me cambia, pero todas me combaten.

Me gusta seguir los mandatos de los maestros y lanzarme a la política; me gusta alcanzar los honores y haces, no por andar vestido de púrpura y rodeado de varas, sino para estar más

dispuesto y ser más útil a los amigos, a los parientes, a todos los ciudadanos y a todos los mortales. Más concretamente, sigo a Zenón, a Cleantes y a Crispo, de los cuales ninguno se metió en política y ninguno dejó de enviar a ella a sus discípulos. Cuando algo hiere mi ánimo no acostumbrado a ser combatido, cuando sucede algo indigno, como hay tantas cosas en la vida humana, o no fácil de resolver, o me piden mucho tiempo cosas que no son de estimar, me vuelvo a mi ocio y como los animales fatigados regreso a casa a paso más ligero. Me agrada encerrar mi vida entre sus paredes: "Que nadie me quite un solo día, pues nada ha de compensarme de tal dispendio, que estribe el ánimo en sí mismo, que se cultive, que no haga nada ajeno, nada en que intervenga el juicio ajeno, que, libre de cuidados privados y públicos, ame su tranquilidad". Pero en cuanto que una lectura más fuerte levanto el ánimo y le espolearon los nobles ejemplos, me gusta lanzarme al foro, dar mi elocuencia al uno, mi trabajo al otro, y aunque no sirvan de nada, intentar sin embargo que aprovechen, y enfrentar en el foro la soberbia de alguno malamente engreído por su prosperidad.

En los estudios a fe mía que pienso que lo mejor es contemplar a las mismas cosas y hablar movido por ellas, dando palabras a las cosas de modo que, a donde ellas lleven, les siga el discurso con espontaneidad, "¿Qué necesidad hay de escribir libros que duren siglos? ¿Quieres tú no dejar de hacerlo para que la posteridad no calle tu nombre? Has nacido para morir y es menos molesto un funeral silencioso. Pues entonces escribe por ocupar el tiempo y para tu provecho con estilo sencillo y no con afectación; menor trabajo necesitan los que estudian para el día". Pero en cuanto el ánimo se levantó de nuevo con la grandeza de los pensamientos, luego se hace altivo en las palabras y ambiciona que así como aspira a cosas altas, su lenguaje también sea profundo y que el discurso esté a la altura del asunto; olvidado de la ley y del juicio ajustado me dejo llevar a lo alto y hablo con una boca que ya no es la mía.

Para no detenerme más en cada cosa, en todas me sigue esta flaqueza de una inteligencia que es buena. Temo que no vaya yo cayendo poco a poco o, lo que aun es más de preocupar, que no esté tambaleándome siempre como el que va a caer y que esto sea quizá más de lo que yo mismo preveo; porque miramos con benignidad las cosas propias y el favor siempre daña al juicio. Pienso que muchos pudieron llegar a la sabiduría, si no se hubieran figurado que ya habían llegado a ella, si no hubiesen disimulado en sí mismos ciertas cosas, si no hubiese pasado por otras con los ojos tapados. Porque no hay ninguna razón para que juzgues que es más dañina la adulación ajena que la propia nuestra. ¿Quién se atreve a decirse a sí mismo la verdad? ¿Quién hay que, metido en la turba de los que les alaban y lisonjean, no se elogia él mismo mucho más? Te suplico, pues, que si tienes algún remedio con el que detengas esta vacilación mía, me consideres digno de que te deba mi tranquilidad. Sé que no son peligrosos estos movimientos del ánimo, ni me acarrean inquietud alguna; para expresar con un verdadero símil esto de que me quejo, te diré que no me fatiga la tempestad, sino la náusea. Líbrame de lo que esto tenga de malo y socorre al náufrago que ya está a la vista de la tierra.

II. SÉNECA: A fe mía, oh Sereno, que ya hace tiempo que ando buscando en silencio a qué se parece este estado de ánimo y no encuentro ejemplo que más se le acerque que el de aquellos que habiendo salido de una larga y grave enfermedad, se ven todavía molestados con pequeños movimientos y ligeros accidentes y aún después de haber echado de sí las reliquias de la enfermedad, les inquieta la aprensión y, ya curados, hacen que los médicos les tomen el pulso interpretando mal toda la temperatura de sus cuerpos. El cuerpo de éstos, oh Sereno, está sano, aunque no esté acostumbrado a la salud, como el mar, ya tranquilo, tiene una cierta agitación, cuando ya ha pasado la tormenta. No hay, pues necesidad de aquellos remedios más duros, por los que ya hemos pasado, como resistirte a ti mismo, irritarte contigo, apremiarte insistentemente, sino de aquel otro que se emplea el último, a saber, que tengas confianza en ti

mismo y creas que vas por el camino derecho, sin dejarte llamar por las huellas transversales de muchos que van de un lado para otro, de los cuales algunos se extravían junto al mismo camino. Lo que deseas es grande, sumo y próximo a Dios: no ser conmovido.

A este asiento firme del ánimo los griegos le llamaban eutymia o estabilidad y sobre ella hay un bello volumen de Demócrito; yo la llamo tranquilidad. Porque no es necesario imitar y traducir las palabras según su forma: la cosa misma de que se trata ha de expresarse con algún nombre, que ha de tener la fuerza y no la cara de su designación griega. Tratamos de determinar, por consiguiente, cómo podrá el ánimo ir siempre con paso igual y próspero, estar en paz consigo mismo y mirar alegría sus cosas sin que este gozo se interrumpa, sino permaneciendo en su estado de placidez sin levantarse nunca ni deprimirse. Esto es la tranquilidad. Busquemos, pues, en general como puede llegarse a ella y tú tomarás de este universal remedio cuanto quisieres. Mientras tanto, ha de ponerse por delante y bien visible todo el vicio para que cada uno reconozca la parte que de él tiene; a la vez entenderás cuánto menos embarazo tienes tú con el fastidio de ti mismo que todos esos que, consagrados a brillantes profesionales y abrumados con grandes títulos, los mantiene en su simulación más la vergüenza que la voluntad.

Todos están en la misma situación, tanto los que están vejados por su propia liviandad, por el tedio y por la continua mudanza de propósitos, pues les agrada siempre más lo que dejaron, como esos otros que hechos unos holgazanes se pasan la vida bostezando. Añade a éstos los que andan mudándose de un lado a otro, como los que tienen el sueño difícil, hasta que a fuerza de cansados encuentran la quietud. Tratando siempre de reformar el estado de su vida permanecen por último en aquel en que los sorprendió no el odio a los cambios, sino la vejez perezosa para todo lo nuevo. Añade también a éstos los que son poco livianos, no por ser constantes en el vicio, sino por herencia, y viven no como quieren, sino como empezaron a vivir. Son innumerables las propiedades del vicio, pero su efecto es siempre único: el de descontentarse a sí mismo. Nace esto de la destemplanza del ánimo y de la timidez y poco resultado de los deseos, que o no se atreven a tanto como apetecen o no lo consiguen y se levantan tan sólo en esperanza; siempre son inestables y movedizos, lo que por fuerza ha de suceder a los que penden de algo. Por todos los caminos tratan de realizar sus deseos y se adoctrinan y obligan en cosas honestas y difíciles, pero cuando sus trabajos no tienen resultados, los atormenta su deshonra infructuosa y no se arrepienten de haber querido el mal, sino de haberlo querido en vano. Entonces se arrepienten de haber empezado y temen volver a empezar y les invade aquella agitación del ánimo que no encuentra salida, porque no puede ni refrenar ni servir a sus deseos, y la indecisión de una vida que se desarrolla poco, y el entorpecimiento del ánimo ante sus sueños fracasados. Todo lo cual se hace aun más grave cuando, por odio a su trabajosa infelicidad, se refugian en el ocio, en los estudios solitarios, a los que no puede soportar un ánimo levantado a las cosas civiles, deseoso de acción y por naturaleza inquieto, esto es, que encuentra en sí mismo poco consuelo; por esto, privado de los deleites que las mismas ocupaciones proporcionan a los que andan entre ellas, no aguanta la casa, la soledad, las paredes, y contra su voluntad se ve dejado a sí mismo.

De aquí ese hastío y descontento de sí mismo, ese desasosiego de un ánimo nunca asentado, y esa triste y agria paciencia con que soportan su propia ociosidad; pues cuando da vergüenza confesar las causas y el pudor mantiene dentro de los tormentos, los deseos, encerrados en esta estrechura sin salida, se estrangulan a sí mismos. De aquí la tristeza y la languidez y las mil fluctuaciones de una mente incierta a quien las esperanzas empezadas mantienen suspensa, y triste, las fracasadas; de aquí también aquel afecto de los que detestan su ocio y se quejan de que ellos no tienen nada que hacer, y aquella envidia, tan enemiga de los crecimientos ajenos. Porque alimenta la envidia la desgraciada pereza y desean que todos se arruinen porque ellos no pudieron adelantar; de esta aversión a los progresos ajenos y de la

desesperación por los fracasos propios nace después un ánimo irritado contra la fortuna, quejoso de los tiempos, que se esconde en los rincones y está siempre absorbido por su propia pena, mientras tiene hastío y vergüenza de sí mismo. Porque por su naturaleza el ánimo humano es ágil y pronto al movimiento. Toda materia que le excite y le distraiga le es grata, y más grata aun para los nacidos con peor índole que gustosamente se dejan consumir por las ocupaciones. Como ciertas úlceras apetecen las manos que las dañan y gozan con que se las toque y así como a la sucia sarna de los cuerpos les deleita lo que la exaspera; así también digo de estas mentes, en las que han brotado los deseos como malas úlceras, que tienen como un placer el trabajo y las molestias. Porque hay ciertas cosas que también con algún dolor deleitan a nuestro cuerpo, como volverse y cambiar el costado no cansado todavía y refrescarse con una y otra postura, como aquel Aquiles de Homero, ya boca abajo, ya boca arriba, mudándose en varias posturas pues lo propio del enfermo es no soportar nada mucho tiempo y usar de los cambios como si fueran remedios.

De aquí el emprender vagas peregrinaciones y el navegar por mares desconocidos y tanto en la tierra como en el mar hacer experiencias de esta liviandad tan enemiga de lo presente. "Ahora vayamos a la Campania". Pronto nos fastidian aquellos campos deleitosos. "Veamos los incultos, recorramos los bosques de los Abruzos y de la Leucania". Y sin embargo, en los desiertos se busca algo ameno en que los ojos lascivos se alivien de la continua fealdad de los lugares hórridos. "Vayamos a Tarento y a su celebrado puerto y a los inviernos de clima suave y a la región bastante provista para su antigua turba". Demasiado tiempo descansaron nuestros oídos de los aplausos, ya nos gusta de nuevo del derramamiento de la sangre humana. "Volvamos a la ciudad". Tan pronto como termina un viaje se emprende otro y los espectáculos se cambian por otros espectáculos. Como dice Lucrecio.

De este modo cada uno huye siempre de sí mismo.

Pero ¿qué le aprovecha si realmente no huye? Se sigue a sí mismo y le molesta el más pesado de los compañeros. Y así debemos saber que la molestia que padecemos no proviene de los lugares, sino de nosotros mismos; flacos somos para soportarlo todo y no tenemos aguante para sufrir mucho tiempo ni el trabajo, ni el placer, ni a nosotros mismos, ni a ninguna cosa. A muchos llevó a la muerte el que, cambiando frecuentemente de propósito, volvían siempre a lo mismo y no dejaban lugar a la novedad, Comenzó a fastidiarles la vida y el mismo mundo y les salió aquello de los cansados de las delicias: "¿Hasta cuándo las mismas cosas?

III. Me preguntas de qué remedio pienso yo que has de usar contra ese hastío. Según la opinión de Atenodoro, el mejor sería ocuparse en las cosas de la República, en su administración y en los oficios civiles. Pues así como algunos se pasan el día al sol y ejercitando a sus cuerpos, y es utilísimo a los atletas consagrar la mayor parte de su tiempo a fortalecer sus músculos y su fuerza para lo único a que se dedican, así para vosotros que os preparáis para las luchas civiles será muy hermoso que estéis siempre en el mismo trabajo. Pues el que tiene el propósito de hacerse útil a sus conciudadanos y a todos los mortales, se ejercita y a la vez se aprovecha si se dedica a sus deberes propios, administrando según sus facultades las cosas comunes y las privadas. "Pero -dice- es tan loca la ambición de los hombres y son tantos los calumniadores que retuercen en el peor sentido las cosas más rectas, que es poco segura la sencillez, y puesto que han de ser más los obstáculos que las ayudas, mejor es retirarse del foro y de los cargos públicos, que también hay en las cosas privadas donde se desarrolle ampliamente un gran ánimo; ni se enfrenta el ímpetu de los leones y de las fieras en sus guaridas, ni tampoco el de los hombres cuyas acciones más grandes son las que

hacen en el apartamiento. Sin embargo, ha ocultarse de manera que dondequiera que esconda su ocio, quiera servir a todos y a cada uno con su ingenio, con su voz y con su consejo. Pues no solamente aprovecha a la Republica quien apadrina a los candidatos y defiende a los reos y da su opinión en las cosas de la paz y de la guerra, sino también el que exhorta a la juventud, el que en tanta escasez de buenos preceptores inculca la virtud en los ánimos, el que detiene o retrae a los que corrían a precipitarse en las riquezas o en la lujuria, y si no lo consigue del todo, por lo menos los retarda; quien hace esto, aun en privado, está haciendo una función pública. ¿Es que acaso aprovecha más el pretor que entre los extranjeros y los ciudadanos, si es urbano, entre los asistentes, pronuncia las sentencias del asesor, que quien enseña qué es la justicia, qué la piedad, qué la paciencia, qué la fortaleza, qué el desprecio de la muerte, qué el conocimiento de los Dioses, qué bien tan seguro y tan gratuito es la buena conciencia? Luego si transfieres a los estudios el tiempo que has hurtado a los cargos públicos, ni has desertado, ni has faltado a tu obligación. Porque no solamente lucha el que está en el ejército y defiende el lado derecho o el izquierdo, sino también el que defiende las puertas y desempeña su misión en puesto de menor peligro, pero también de trabajo, haciendo de centinela y guardando las armas, pues estos ministerios, aunque sean incruentos, se cuentan también como servicios militares. Si te retiras a los estudios, huirás de todo el fastidio de tu vida y ya no desearás por odio a la luz que se haga de noche, ni te cansarás de ti mismo, ni serás inútil a los otros; muchos buscarán tu amistad y los mejores vendrán a ti. Porque la virtud, aunque obscura, nunca se esconde, y da señales de sí, y todo el que fuera digno de ella la encontrará por sus huellas. Pues si prescindimos de toda convivencia y renunciamos al trato de los hombres y vivimos vueltos exclusivamente a nosotros, seguirá a esta soledad, desprovista de todo deseo, una escasez completa de ocupaciones. Empezaremos a construir unos edificios, a derribar otros, a remover el mar, a conducir las aguas contra la dificultad de los lugares, y a malgastar el tiempo que la naturaleza nos dio para consumirlo bien. Unos lo empleamos parcamente, pródigamente otros; unos lo invertimos de modo que podamos dar razón de él, otros sin dejar ninguna reliquia de él, que es de todo lo más vergonzoso. Con frecuencia un viejo de muchos años no tiene ningún otro argumento con el que pruebe que ha vivido mucho que su misma edad".

IV. A mí me parece, mi muy querido Sereno, que Atenedoro se sometió demasiado a las circunstancias y que huyó demasiado pronto. Pues no niego que alguna vez hay que ceder, pero poco a poco, a paso lento, salvando las banderas y el honor militar; son más sagrados para los enemigos y están más seguros los que se rinden con las armas en la mano. Pienso que esto es lo que ha de hacer la virtud y el aficionado a ella. Si prevalece la fortuna y le corta la facultad de obrar, no huya luego volviendo la espalda desarmado y buscando dónde esconderse, como si hubiese algún lugar en el que no le pudiera perseguir la fortuna, sino mézclese más parcamente a los cargos públicos y busque con discernimiento algo en que sea útil a la ciudad. ¿No se puede entrar en la milicia? Busque los cargos civiles. ¿Ha de vivir en privado? Hágase orador. ¿Se le impone silencio? Ayude a los ciudadanos de manera callada. ¿Es peligroso para él entrar en el foro? Haga en las casa, en los espectáculos, en los convites, de buen compañero, de amigo fiel, de templado comensal. ¿Perdió sus deberes y derechos de ciudadano? Cumpla los de hombre. Por eso con verdadera grandeza de ánimo no nos hemos recluido en las murallas de una ciudad, sino que hemos establecido comunicación con todo el orbe y hemos profesado que nuestra patria es el mundo, para que pudiéramos dar más ancho campo a la virtud. ¿Se te cierra el tribunal y no te dejan hablar en la tribuna o en los comicios? Mira detrás de ti cuántas amplísimas regiones y cuántos pueblos te están abiertos. Nunca se te cerrará una parte tan grande que no te quede otra aún mayor. Pero mira bien no vaya a ser todo esto culpa tuya por no querer servir a la República sino como cónsul o pritano o cerice o

sufeta. ¿Es que para ser militar, no quieres sino ser general o tribuno? Aunque otros estén en primera fila y la suerte te haya colocado en la retaguardia, pelea desde allá con la voz, con la exhortación, con el ejemplo, con el ánimo: aun con las manos cortadas encuentra la manera de ayudar en el combate a sus partidarios quien permanece en pie y anima a los otros con sus gritos. Así has de hacer tú también. Si la fortuna te separa de los primeros puestos de la República, permanece firme y ayuda con tus voces, si alguien te aprieta la garganta, permanece en pie y ayuda con tu silencio. Nunca es inútil el trabajo de un buen ciudadano; está aprovechando con que se le oiga y se le vea, con el rostro y con el gesto, con su obstinación callada y hasta con sus mismo pasos. Como ciertas medicinas que, sin tomarlas ni tocarlas, aprovechan sólo con olerlas, así la virtud difunde su utilidad aun desde lejos y oculta. Ya venga holgura y use de su derecho, ya sean precarias sus salidas y venga obligada a recoger sus velas, ya esté ociosa y muda y recluida en estrecheces, ya esté en público, cualquiera que sea su situación, sirve de provecho. ¿Por qué piensas que es de poca utilidad el ejemplo del que retirado vive bien? Con gran diferencia lo mejor de todo es mezclar el ocio con los negocios siempre que la vida activa está impedida o por obstáculos naturales o por las condiciones de la República; porque nunca se cierran tan por completo todas las cosas que no quede lugar para una acción honesta.

V. ¿Puedes acaso encontrar una ciudad más desgraciada que lo fue la de los atenienses cuando la despedazaban aquellos treinta tiranos? Habían dado muerte a mil trescientos ciudadanos, todos ellos de los mejores, y no por eso ponían un término a su crueldad, que se excitaba aun más a sí misma. En la ciudad en que había un Areópago, el más sagrado de los tribunales, en la que había un Senado y un pueblo semejante al Senado, se reunía diariamente el triste conciliábulo de verdugos y la desgraciada curia era estrecha para tantos tiranos. ¿Podía tener descanso una ciudad en la que había tantos tiranos como soldados? Ni podía ofrecerse a los ánimos ninguna esperanza de recobrar la libertad ni aparecía lugar a ningún remedio contra tan gran fuerza del infortunio. Porque ¿de dónde para una ciudad tan desgraciada como Harmodios? Sin embargo, Sócrates estaba en medio y consolaba a los pobres que lloraban, y exhortaba a los que desesperaban de la República, y reprobaba a los ricos que tenían por sus riquezas la tardía penitencia de su peligrosa avaricia, y a los que quisieran imitarlo les ofrecía el gran ejemplo que les daba andando libre entre treinta tiranos. Sin embargo, la misma Atenas le dio muerte en la cárcel y el que había insultado impunemente a todo un ejército de tiranos murió porque la libertad no toleró la que él tenía. Así comprenderás que en una República afligida tiene un varón sabio ocasión de manifestarse y que, cuando florece y es feliz, reinan en ella la petulancia, la envidia y otros mil vicios de la inactividad. Según se presente la República y nos permita la fortuna, nos desenvolveremos más o habremos de encogernos, pero siempre hemos de movernos sin dejarnos entorpecer por las ataduras del miedo. Más aun, un hombre de verdad es que rodeado de peligros por todas partes y oyendo cerca el estrépito de las armas y de las cadenas, no quiebra la virtud, ni la esconde; porque guardarse no es enterrarse. Con verdad, según pienso, decía Curio Dentanto que prefería ser muerto a vivir muerto; el último de los males es salir del número de los vivos antes de morir. Pero si has caído en un tiempo menos oportuno para los negocios de la República, lo que has de hacer es consagrarte más al ocio y a las letras, no de otro modo que en una navegación peligrosa te refugias en el puerto, y no dejes que los negocios te dejen, sino que tú mismo te separes de ellos.

VI. Ante todo debemos examinarnos a nosotros mismos; después, los negocios que vamos a emprender; finalmente, aquellos por los que o con los cuales los emprendemos.

Ante todo es necesario que nos tanteemos a nosotros mismos, porque nos parece que podemos soportar más de lo que realmente podemos. Uno, confiado en su elocuencia, se despeña; otro exige de su patrimonio más de lo que puede soportar; otro oprime su enfermizo cuerpo con un trabajoso cargo; a unos su vergüenza los hace poco idóneos para los cargos públicos, que requieren una frente osada; a otros su tenacidad no los hace aptos para la curia; éstos no dominan su ira y cualquiera indignación los lanza a palabras temerarias; aquéllos no saben contener su donaire, ni abstenerse de peligrosas chocarrerías. Para todos éstos es más útil el ocio que el negocio; un natural altivo y mal sufrido ha de evitar las excitaciones que dañen a la libertad.

Después se han pesar las obras mismas que emprendemos y comparar nuestras fuerzas con las que vamos a intentar, porque siempre deben ser más las del que trabaja que las de la obra: por fuerza ha de oprimir la carga que es más pesada que quien la lleva. Hay además otros negocios que no son tan grandes como fecundos y traen consigo otros muchos. Ha de huirse de éstos de los que nace nueva y múltiple ocupación, ni acercarse allí de donde no se pueda salir libremente; se ha de poner mano en aquellos otros que puede uno acabar o esperar con certeza su fin, dejando los que se extienden más a medida que más se trabaja en ellos, ni acaban donde uno se propuso.

VII. Hemos de seleccionar también a los hombres, para ver si son dignos de que les consagremos parte de nuestra vida o si les sirve de algo la pérdida de nuestro tiempo, porque algunos nos imputan como obligación lo que voluntariamente les concedemos. Atenodoro dice que no iría ni a cenar con el que no pensase que le debía algo por esto. Pienso que entiendes que mucho menos iría con los que igualan una invitación a comer con los deberes de la amistad, contando por dádivas los platos, como si su falta de templanza fuera un honor a los invitados: quítales los testigos y los espectadores y no tendrán gusto en un banquete secreto.

Has de considerar si tu naturaleza es más apta para la acción que para el estudio ocioso y la contemplación, e inclinarte a donde te lleve las fuerza de tu ingenio. Sócrates sacó del foro a Eforo, llevándoselo de la mano porque pensaba que era más útil componiendo monumentos históricos; cuando se obliga a los ingenios responden mal, y es vano el trabajo que se hace con repugnancia de la naturaleza.

Nada hay que tanto deleite el ánimo como una amistad fiel y dulce. ¡Qué bueno es que los pechos estén dispuestos para que con seguridad se deposite en ellos todo secreto, confiando más en la conciencia de los demás que en la misma tuya, cuando sus palabras alivian tu preocupación, sus consejos hacen más expedita la decisión, su alegría disipa la tristeza y hasta su misma presencia deleita! A los amigos hemos de elegirlos vacíos, en cuanto fuere posible, de deseos; porque los vicios entran solapados y asaltan al que está cerca y lo dañan con su contacto. Así como en una epidemia hay que tener cuidado de no acercarse a cuerpos ya atacados y ardiendo en la enfermedad, porque atraemos el peligro y con la misma respiración nos exponemos al contagio, del mismo modo al elegir los amigos hemos de cuidar de tomar a los menos manchados; el principio de la enfermedad es mezclar a los sanos con los enfermos. No es que yo te mande que no sigas ni te atraigas más que al sabio. Porque ¿dónde encontrarías al que hace tantos siglos que buscamos? Hace de mejor el que es menos malo. Apenas tendrías facultad de hacer una selección más feliz si buscaras entre los Platones, los Jenofontes y aquella provechosa descendencia de Sócrates, o si pudieras hacerte de la época de Catón, en la que hubo muchos dignos de nacer en su tiempo, así como muchos peores que los mayores criminales de todos los tiempos: de las dos clases se necesitaba para que Catón pudiese ser comprendido; debió tener tanto a hombres buenos que le aprobaran como a malos con los que experimentase su fuerza. Pero ahora, con tanta escasez de hombres buenos, la

elección se hace menos fastidiosa. Principalmente han de evitarse los tristes y los que lo deploran todo y para los que todo es motivo de queja. Aunque éstos tengan fe y amor, es contrario a la tranquilidad el compañero inquieto y que gime por todo.

VIII. Pasemos a la hacienda, materia la más grande de las desdichas humanas; pues si comparas todas las otras cosas que nos angustian: las muertes, las enfermedades, los miedos, los deseos, tener que sufrir dolores y trabajos, con las que nos acarrea nuestra mala riqueza, la parte de ésta pesará mucho más. Y así se ha de pensar que es más liviano dolor no tenerla que perderla; con esto entenderemos que la pobreza es ocasión de menores tormentos porque lo es de menores daños. Porque te equivocas si piensas que los ricos sufren más animosamente las pérdidas; en los cuerpos más grandes y en los más pequeños es igual el dolor de las heridas. Graciosamente dijo Bión que no es menos molesto a un calvo que a un cabelludo que le arranquen algún pelo. Esto mismo has de entender de los pobres y de los ricos: para ellos el tormento es igual, pues a unos y a otros se les pega su dinero y no se les puede quitar sin que lo sientan. Pero, como ya dijimos, es más llevadero no adquirirlo que perderlo y por esto verás más alegres a los que nunca miró la fortuna que a los que abandonó. Lo vio esto Diógenes, varón de gran ánimo, e hizo de forma que nada se le pudiera quitar. Tú llamas a esto pobreza, escasez, necesidad; pon a esta seguridad el nombre ignominioso que quieras. Pensaré que éste no es feliz si me encuentras algún otro que no pueda perder nada. O yo me engaño o es tener todo un reino estar entre avaros, timadores, ladrones y plagiarios siendo el único a quien no se puede dañar. Si alguien duda de la felicidad de Diógenes, también puede dudar del estado de los dioses inmortales y de que vivan felizmente, porque no tienen predios, ni huertos, ni campos hermosos cultivados por colono extranjero, ni grandes rentas en el foro. ¿No te avergüenzas tú que con las riquezas te embobas? Mira ahora al mundo: verás desnudos a los dioses, que lo dan todo y nada tienen. ¿Qué piensas: qué es un pobre o que es semejante a los dioses quien se despojó de todos los bienes fortuitos? ¿Dices tú que es más feliz Demetrio, el esclavo de Pompeyo, que no se avergonzó de ser más rico que Pompeyo? Cada día se le daba cuenta, como al general de un ejército, del número de esclavos, a él para quien poco antes debió ser la riqueza un par de sustitutos y una celda un poco más ancha. En cambio el único siervo de Diógenes huyó y no pensó, cuando se le descubrió, que valiese la pena hacerlo volver. Decía: “Es una vergüenza que Manen pueda vivir sin Diógenes y Diógenes no pueda vivir sin Manen” Parece que me dijo: “Haz tu negocio, oh fortuna: nada de Diógenes es tuyo. Me huyó mi siervo, o mejor, yo mismo quedé libre”. Pídenme de comer y de vestir mis criados familiares, hay que satisfacer tantos vientres de voracísimos animales, comprarles vestidos y custodiar sus muy rapaces manos y utilizar los servicios de los que están llorando y renegando. ¡Cuánto más feliz el que a nadie debe nada, sino a sí mismo, a quien tan fácilmente se lo puede negar! Pero puesto que no tenemos tanta fuerza, han de estrecharse ciertamente los patrimonios para que estemos menos expuestos a las injurias de la fortuna. En la guerra están más seguros los cuerpos que pueden contraerse a la medida de los escudos que los que los desbordan y su grandeza los descubre por todas partes a las heridas. El mejor límite de la riqueza es el que ni cae en la pobreza, ni se aparta mucho de ella.

IX. Nos agradaría esta medida si previamente nos hubiese agradado la parsimonia sin la cual ninguna riqueza es suficiente, ni ninguna bastante abierta, sobre todo teniendo el remedio tan cerca y pudiendo convertirse la misma pobreza en riqueza con sólo llamar a la frugalidad. Acostumbrémonos a apartar de nosotros el lujo y a apreciar las cosas por su utilidad y no por lo que adornen. La comida aplaque el hambre; la bebida, la sed: el placer fluya por donde es necesario; aprendamos a apoyarnos en nuestros mismos miembros, ajustemos nuestro comer y vestir no a los nuevos ejemplos, sino como nos enseñan las costumbres de nuestros mayores:

aprendamos a aumentar la continencia, a refrenar la lujuria, a mitigar el ansia de gloria, a suavizar la ira, a mirar con buenos ojos la pobreza, a cultivar la frugalidad, aunque avergüence a muchos, empleando remedios cada vez menos costosos para los deseos naturales, teniendo refrenadas las esperanzas y como atado el ánimo que tiende hacia lo futuro y obrando de manera que nos vengan las riquezas de nosotros mismos y no de la fortuna. Nunca puede tanta variedad e iniquidad de sucesos ser repelida sin que se levanten grandes tormentas a estos que han lanzado a la mar tantos navíos. Hay que estrechar las cosas para que las flechas caigan en vano y por esto a veces los destierros y las calamidades son un remedio y con ligeras incomodidades se curan otras más pesadas. Cuando el ánimo se cuida poco de los preceptos y no puede curarse más suavemente, ¿no será quizá para su bien que se le prescriba la pobreza, la infamia y la ruina, oponiendo un mal a otro mal? Acostumbrémonos, pues a cenar sin convidados y a servirnos de pocos esclavos y a emplear los vestidos en aquello para que se inventaron y a vivir en casas menos amplias. No sólo en las carreras y en las luchas del circo, sino también en estos combates de la vida hemos de replegarnos hacia el interior.

Los mismos gastos para los estudios, que son los mejor empleados, son tanto más racionales cuando más moderados. ¿A qué innumerables libros y bibliotecas, cuyo dueño apenas si en toda la vida lee los índices? Su multitud no instruye, sino que abruma al que quiere aprender y aprovecha mucho más entregarse a pocos autores que andar curioseando por muchos. Cuarenta mil libros ardieron en Alejandría: que este hermosísimo testimonio de la magnificencia de los reyes lo alabe otro, como Tito Livio, que dice que fue una obra egregia de la elegancia y diligencia de los reyes. Pero no fue ni buen gusto ni diligencia, sino una estudiosa demasía, o mejor dicho, no fue estudiosa porque los reunieron para los estudios, sino para sola vista, como para muchos que ignoran hasta las primeras letras, los libros no son instrumentos de estudios, sino ornatos de los comedores. Reúnanse, pues, los libros que sean suficientes y ninguno por ostentación. Dices: “Es más honesto gastar en esto que no en vasos de Corinto y en tablas pintadas”. Siempre es vicioso lo que es demasiado. ¿Qué razón tienes para perdonar al hombre que se hace armarios de limonero y de marfil y busca libros de autores desconocidos o malos y entre tantos miles de volúmenes bosteza complaciéndose solamente en sus apariencias y en sus títulos? Verás, pues, en las casas de los más desidiosos todos cuantos libros se han escrito de oratoria y de historia, teniendo los estantes llenos hasta los techos; porque ya aun en los baños y en las termas también la biblioteca es un ornamento necesario de la casa. Lo perdonaría por completo, si el error fuera por un excesivo afán de saber. Pero ahora estas tan buscadas obras de los ingenios consagrados, copiadas con sus retratos, se compran para adorno y gala de las paredes.

X. Pero has caído en un género difícil de vida y sin saberlo tú la fortuna, o pública o privada, te tendió un lazo que no puedes ni desatar ni romper. Considera que los presos al principio soportan mal los pesos y cadenas que impiden sus pasos, pero cuando se proponen no indignarse contra ellos, sino soportarlos, la necesidad les enseña a llevarlos con fortaleza y la costumbre con facilidad. En cualquier género de vida encuentras placeres, compensaciones y deleites, si quieres pensar que los males son leves mejor que hacerlos insoportables. Por ningún título se nos hizo tan acreedora la naturaleza como por haber encontrado, sabiendo las desgracias para las que nacíamos, un alivio a las calamidades en la costumbre, convirtiendo pronto en familiares las más pesadas. Nadie resistiría si las cosas adversas tuvieran la misma fuerza al hacerse asiduas que en el primer choque. Todos estamos atados a la fortuna, Unos con cadena dorada y floja, otros con estrecha y fea, pero ¿qué más da? En la misma cárcel estamos todos y también son presos los mismos que aprisionaron, a no ser que pienses que es más liviana la cadena en la mano izquierda. A unos atan los honores; a otros las riquezas; a

unos agobia la notoriedad, a otros, la bajeza; unos doblegan la cabeza a la tiranía ajena; otros a la propia; a unos los detiene en un lugar el destierro, a otros el sacerdocio. Toda la vida es servidumbre. Hay que acostumbrarse, por lo tanto, a la condición propia y, sin quejarse de ella lo más mínimo, aprovechar la comodidad que se tenga alrededor; nada hay tan acerbo en que no encuentre consuelo un ánimo ecuánime. Muchas veces áreas pequeñas quedaron abiertas para muchos usos por el arte del arquitecto y aunque el lugar sea angosto, lo hace habitable una buena disposición. Usa de tu razón en las dificultades; pueden suavizarse las cosas duras y ampliarse las estrechas y abrumar menos las pesadas, si se saben llevar.

Además, no han de enviarse muy lejos los deseos, sino que les hemos de permitir que sólo salgan a lo cercano, porque ser encerrados del todo no lo consienten. Dejando lo que no puede hacerse o tan sólo muy difícilmente, sigamos las cosas próximas que alimentan la esperanza, pero sabiendo muy bien que todas son igualmente livianas y aunque tengan por fuera diversas caras, por dentro son igualmente vanas. Ni hemos de envidiar a los que estén más arriba; pues lo que parece altura es despeñadero.

Aun aquellos a quienes una suerte inicua puso en una encrucijada, estarán más seguros quitándoles soberbia a las cosas de suyo altivas y llevando su fortuna a lo llano tanto cuanto puedan. Hay muchos que necesitan seguir encaramados en la cumbre, de la que no pueden descender sino cayendo, pero atestiguan que ésta es su mayor carga por el hecho de que están obligados a ser gravosos a otros, y más bien están clavados que elevados. Con justicia, mansedumbre, humanidad y mano generosa y benigna han de prepararse para los cambios de fortuna muchas ayudas con las que su esperanza esté más segura. Pero nada puede defendernos tan bien de estas fluctuaciones del ánimo que el fijar siempre un límite a los crecimientos, ni dejar que acaben al arbitrio de la fortuna, pues los ejemplos de los otros nos exhortan a nosotros mismos a pararnos mucho más acá. Así aunque algunos deseos acucien el ánimo, limitándolos, no se extenderán ni a lo inmenso, ni a lo incierto.

XI. Estas mis palabras son pertinentes para los imperfectos, los mediocres y los malsanos y no para el sabio. Éste no ha de andar ni con timidez, ni paso a paso, porque tiene tanta confianza en sí mismo que no duda en salir al encuentro de la fortuna, ni nunca le cede el lugar. Ni tiene por qué temerla, porque no sólo los esclavos, las posesiones y la dignidad, sino también su cuerpo y sus ojos y sus manos y todo cuanto hace más grata la vida al hombre y hasta a él mismo lo cuenta entre las cosas precarias, y vive como de prestado, y cuando se lo piden todo lo devuelve sin tristeza. Y no lo desestima por saber que no es suyo, sino que lo hace todo con tanta diligencia y circunspección como el hombre religioso y santo suele guardar lo que se confía a su fe. Y cuando se le mande devolverlo, no se quejará de la fortuna, sino que dirá: “Te estoy agradecido por el tiempo que lo poseí y lo tuve. Cultivé ciertamente tus bienes con gran esfuerzo, pero puesto que así lo mandas, te los doy y devuelvo agradecido y de buen grado. Si aún quieres que tenga algo tuyo, lo guardaré, pero si te agrada lo contrario, la plata labrada, la acuñada, mi casa y mi familia te la devuelvo y restituyo”. Si llamare la naturaleza, que primero se confió a nosotros, le diremos: “Recibe un ánimo mejor que el que me diste. Ni ando con sutilezas, ni busco evasivas: aquí tienes preparado por quien sabe y quiere, lo que diste al que no tenía conciencia: tómalo”. ¿Qué molestia es volver allá de donde viniste? Mal vive quien no sabe morir bien. A esto es, pues, a lo primero que hay que rebajar de precio, y hay que contar al aliento entre las cosas viles. Odiamos a los gladiadores, como dice Cicerón, que a toda costa desean conservar la vida, y los aplaudimos si hacen bien claro que la desprecian. Entérate, que lo mismo nos sucede a nosotros, porque con frecuencia la causa de morir es el miedo a la muerte. La fortuna que está jugando dice: “¿Para qué te he de conservar, animal malo y cobarde? Serás más herido y traspasado si no sabes presentar el cuello. Pero tú vivirás más tiempo y morirás más expeditamente si recibes el cuchillo sin

apartar la cabeza, ni oponer las manos, sino amistosamente". El que teme la muerte nunca hará nada por un hombre vivo. Pero quien sabe que esto quedó establecido en el instante mismo de ser concebido, vive con arreglo a lo estipulado y a la vez procurará con la misma fortaleza de ánimo que nada de lo que le suceda sea imprevisto. Porque previendo que ha de suceder todo cuanto puede venir, suavizará el ímpetu de todos los males, que no traen nada nuevo a los que están preparados y esperándolos y no se hacen pesados más que a los que se creen seguros y esperan solamente la felicidad. Existen la enfermedad, el cautiverio, la ruina, el fuego; ninguna de estas cosas es repentina: ya sabía yo en qué revoltoso hospedaje me encerró la naturaleza. Tantas veces se ha llorado en mi vecindad; tantas veces ante mi puerta haces y cirios precedieron entierros prematuros; con tanta frecuencia sonó el estrépito de un edificio que se derrumba: a muchos de aquellos que el foro, la curia, la conversación unieron conmigo, se los llevó la noche, y las manos que estaban unidas por la amistad, la sepultura las separó. ¿Y me he de admirar que alguna vez se me acerquen los peligros que siempre anduvieron dando vueltas en torno de mí? La mayoría de los hombres no piensan en la tempestad cuando van a embarcarse. Nunca me avergonzará una cita buena de un mal autor. Publilio, más vehemente que los ingenios trágicos y cómicos, siempre que dejó las necedades mímicas y las palabras destinadas al vulgo, entre otras muchas cosas más fuertes que el coturno y no solamente el sipario, dice esto:

A cada cual puede suceder lo que puede suceder a alguno. (Publilio Liro)

El que se penetrase de esto hasta la medula y considerase que todos los males ajenos, cuya abundancia todos los días es tan copiosa, tienen tan libre el camino a los demás como a sí mismo, estará armado mucho antes de que le ataquen; es tardío que el ánimo se prepare a sufrir los peligros después que hayan llegado. "No pensé que esto había de suceder" o "¿Hubieras tú creído que esto jamás había de pasar? ¿Pero por qué no? ¿Qué riquezas hay que no lleven a sus espaldas la necesidad, el hambre y la mendicidad? ¿Qué dignidad hay a cuyas insignias, bastón augural y calzado patricio, no acompañen las suciedades, el descrédito, mil manchas, y, por último, el desprecio? ¿Qué reino no tiene preparada la ruina, la degradación, el tirano y el verdugo? Ni lo uno está separado de lo otro por grandes intervalos, sino que en el espacio de una hora se pasa del trono a estar postrado ante rodillas ajenas. Ten, pues, por sabido que todo estado es mudable y que lo que ha caído sobre otro a ti también te puede sobrevenir. Eres rico, pero ¿acaso más que Pompeyo? Al cual, cuando Gayo, su antiguo pariente y huésped nuevo, le abrió la casa del César para que cerrara la suya, le faltó el pan y el agua. Y el que poseía tantos ríos que nacían y morían en sus dominios, tuvo que mendigar agua llovediza. Pereció de hambre y sed en el palacio de su pariente, mientras su heredero le costeaba a él, que padeció hambre, funerales públicos. Has gozado de los mayores honores, pero ¿acaso más grandes, tan inesperados, tan universales como los de Seyano? Pues el mismo día que le acompañó el Senado, lo despedazó el pueblo y de aquel a quien los Dioses y los hombres habían concedido cuanto puede reunirse, no quedó nada que pudiera recoger el verdugo. Eres rey: no te enviaré a Creso, que encendió y vio extinguirse sin perder la vida su propia hoguera y sobrevivió no tan sólo a su reino, sino también a su muerte; ni a Yugurta, a quien en el transcurso de un mismo año el pueblo romano temió y contempló cautivo; a Ptolomeo, rey de África, y a Mitrídates, de Armenia, los hemos visto entre los guardas de Gayo: el uno fue enviado al destierro y el otro deseaba que lo enviasen con mayor seguridad. Si en tan gran vaivén de cosas que suben y bajan de continuo, no tienes por futuro cuanto puede suceder, das fuerzas contra ti a las adversidades, a las que sólo quebranta quien las prevé.

XII. Lo que a esto se sigue es que no trabajemos en cosas inútiles o por motivos inútiles, esto es, que no deseemos lo que no podemos conseguir, o si lo hemos alcanzado que no comprendamos tarde y con vergüenza la vanidad de nuestros deseos. Esto es, que no sea el trabajo vano y sin efecto, o el efecto indigno del trabajo, porque la vergüenza viene casi siempre o de que no hay éxito o de que el éxito avergüence. Hay que acabar con los paseos de esa gran mayoría de hombres que vagabundean por casas, teatros y foros; se ofrecen a los negocios ajenos remedando a los que siempre están haciendo algo. Si preguntas a alguno de éstos al salir de casa: "¿Adónde vas? ¿En qué piensas?, te responderá: "A fe mía, que no lo sé, pero veré a algunos, haré algo". Vagan sin propósito buscando los negocios no que se propusieron hacer, sino en los que casualmente cayeron. Su carrera es sin consejo y vana, como la de las hormigas que trepan por los árboles y después de subir a la rama más alta bajan a la tierra vacías; una vida semejante a la de ellas llevan muchos, de los que no sin razón se diría que es la suya inquieta pereza. Te compadecerás de muchos que corren como si fueran a apagar un incendio, hasta tal punto empujan a los que encuentran y se precipitan sobre los demás, cuando en realidad corren a saludar a alguno que no han de volver a ver, o a seguir el entierro de un difunto desconocido, o a un juicio del que se pasa la vida litigando, o a las bodas del que siempre se está casando, siguiendo la litera y aun llevándola en muchos lugares. Después, cuando vuelven a su casa con un cansancio inútil, juran que ellos no saben a qué salieron ni dónde estuvieron, para andar errando por los mismos pasos al día siguiente. Que todo trabajo se refiera a algo y mire a algo. No es la industria quien mueve a los inquietos, sino que, como a los locos, los agitan las falsas imágenes de las cosas. Pues ni siquiera éstos, los locos, se mueven sin alguna esperanza; les cosquillea la apariencia de alguna cosa cuya vanidad no comprende su demencia. Del mismo modo, a cada uno de esos que salen a aumentar la turba, lo traen y los llevan por la ciudad motivos vanos y leves: aunque no tienen nada en que trabajar, en cuanto que sale el sol, se echan a la calle y después de haber sufrido mil encontrones para llegar a saludar a muchos y de que muchos no los han recibido, a ninguno hallan más dificultosos en casa que a sí mismos. De este mal se origina el feísimo vicio de andar siempre escuchando e investigando los secretos de la República y enterándose de muchas cosas que ni con seguridad se cuentan, ni con seguridad se oyen.

XIII. Pienso que Demócrito seguía esta doctrina cuando comenzó: "Quien quiera vivir tranquilo, no haga muchas cosas ni en privado, ni en público", refiriéndose, claro es, a las innecesarias. Pues si son necesarias, privada y públicamente no sólo hay que hacer muchas, sino innumerables; pero cuando ningún deber solemne nos reclama, hemos de inhibirnos. Pues el que hace muchas cosas, da con frecuencia a la fortuna poder sobre sí mismo, cuando lo más seguro es que experimentarla raramente, pensar siempre en ella y no prometerse nada de su fidelidad. "Me embarcaré, si no sucede nada", o "Seré pretor, si nada me lo impide", o "Me responderá el negocio, si no se interpone nada". Por esto decimos que nada le sucede al sabio contra su opinión; lo exceptuamos no de la suerte de los hombres, sino de sus errores; ni le sucede todo como quiso, sino como pensó, y lo primero que pensó fue que algo podía oponerse a sus propósitos. Por fuerza ha de ser más leve el dolor que viene al ánimo por no realizarse un deseo suyo, si nunca contó con que se realizara.

XIV. Debemos también hacernos fáciles o flexibles y sin entregarnos demasiado a los asuntos que nos hemos propuesto, pasar a aquellos a que la casualidad nos lleve, sin tener miedo a cambiar o la determinación o la condición, mientras no caigamos en la ligereza, el vicio más enemigo de la quietud. Por fuerza la contumacia es angustiosa y miserable, pues con frecuencia la fortuna le quita algo, pero la ligereza, que nunca se contiene a sí misma, es mucho más grave. Estorba a la tranquilidad tanto no poder mudar nada como no poder sufrir

nada. Ciertamente el ánimo ha de ser retraído a sí mismo de todas las cosas externas. Confíe en sí, gócese en sí mismo, estime lo suyo, apártese cuanto pueda de lo ajeno, dedíquese a sí mismo, no sienta los daños e interprete con dignidad aun las cosas adversas. Cuando se le anunció a nuestro Zenón el naufragio en que perdió todo lo suyo, dijo: "La fortuna me manda filosofar más expeditamente". Cuando el tirano amenazaba a Teodoro con matarlo y dejarlo insepulto, le dijo: "Tienes con qué complacerte porque mi sangre está bajo tu poder, pero en lo que refiere a la sepultura, eres un necio si piensas que me preocupa pudrirme encima o debajo de la tierra". A Cano Julio, un hombre verdaderamente grande, a cuya admiración no ha de obstar el que haya nacido en nuestro siglo, después de haber discutido mucho con Calígula, al irse le dijo aquel Falaris: "Para que no te lisonjees con una vana esperanza, he mandado que te lleven al suplicio". "Te doy las gracias -respondió-, óptimo príncipe". Qué sentía, no lo sé, pues se me ocurren muchas interpretaciones. ¿Quiso injuriarle manifestándole cuánta era su crueldad que la misma muerte era un beneficio? ¿Le echó en cara su continua demencia (porque le daban las gracias los mismos cuyos hijos había matado o cuyos bienes había robado) o recibía gustosamente la muerte como si fuera la libertad? Dirá alguno: "Pero después de esto pudo Calígula ordenar que viviera? No lo temió Cano, que era bien conocida la fidelidad de Calígula a tales órdenes. ¿Crees acaso que pasó sin ningún cuidado los diez días que mediaron hasta el suplicio? No parece verosímil lo que aquel varón dijo, lo que hizo, la tranquilidad que tuvo. Estaba jugando al ajedrez, cuando el centurión que traía la caterva de los condenados, mandó que también le sacasen a él. Cuando lo llamaron, contó los dados y dijo a su compañero: "Cuidado que no vayas a mentir después de mi muerte diciendo que has ganado"; entonces, haciendo una seña al centurión, le dijo: "Tú serás testigo de que le llevo un tanto". ¿Piensas tú que Cano estaba jugando en el tablero? Estaba haciendo mofa del tirano. A los amigos que estaban tristes por perder a tal hombre les dijo: "¿Por qué os entristecéis? Vosotros investigáis si las almas son inmortales, yo lo sabré ahora". No dejó de escudriñar la verdad en su mismo fin y de su misma muerte se hizo un problema. Le seguía su filósofo y no lejos del túmulo en que se hacía el sacrificio diario a nuestro Dios, el César, le dijo: "¿En qué piensas, Cano? ¿Qué tienes en la mente?" "Me he propuesto -respondió Cano- observar si en aquel velocísimo momento de la muerte ha de sentir el ánimo salir", y prometió que si averiguaba algo había de volver a los amigos e indicarles cuál era la condición de las almas. He ahí la tranquilidad en medio de la tempestad, he ahí un ánimo digno de la eternidad, que hace de su misma fatalidad medio de buscar la verdad, que en el momento de dar el último paso interroga al alma que va a salir y aprende no ya hasta la muerte, sino de la muerte misma. Nadie ha filosofado más tiempo. Tan gran varón no se olvidará rápidamente y de él se hablará con estimación. Te conservaremos en la memoria de todos, oh clarísima cabeza, porción grande, tú solo, en las matanzas de Calígula.

XV. Pero de nada aprovecha desechar las causas de la tristeza privada, porque a veces nos posee el aborrecimiento del género humano. Cuando piensas en lo rara que es la sencillez, cuán desconocida la inocencia, cómo apenas si existe la fe, a no ser que tenga cuenta, y le sale a uno al encuentro la turba de los criminales que son felices y los provechos y daños, igualmente aborrecibles de la sensualidad, y una ambición que hasta tal punto no se contiene en sus términos que se jacta hasta de la abyección, entra el ánimo en la noche y de este derrumbamientos de las virtudes, en las que ni se puede esperar ni aprovecha tener, nacen como tinieblas. Debemos, pues, doblegarnos a que nos parezcan todos los vicios del vulgo no como odiosos, sino como ridículos y más bien hemos de imitar a Demócrito que a Heráclito. Porque éste, siempre que salía en público, lloraba; aquel reía: todo cuanto hacemos, al uno le parecían desgracias; al otro necedades. Han de aligerarse, pues, todas las cosas y soportarlas con ánimo fácil; es más humano mofarse de la vida que llorarla. Además, merece mejor del

género humano quien se ríe de él que quien lo llora, porque aquél le deja una buena esperanza, pero éste llora neciamente lo que no espera que pueda corregirse. Y quien contempla todo el universo muestra mayor ánimo si no contiene las risas que si llora, a no ser que le conmueva una suavísima emoción y piense que no hay nada más grande, nada severo, nada desgraciado en tanto aparato. Que cada cual examine cada una de las cosas por las que estamos tristes o alegres y encontrará que es verdad lo que Dión dijo: que todos los negocios de los hombres son muy semejantes en sus principios, ni su vida es más santa o severa que la idea de que nacidos de la nada han de volver a la nada. Pero ya es bastante tomar plácidamente las costumbres públicas sin caer ni en la risa ni en las lágrimas, porque atormentarse por los males ajenos es una eterna miseria y gozarse de ellos un placer inhumano, como esa inútil humanidad de llorar y arrugar la frente porque alguien entierra a su hijo. En los propios males conviene conducirse de manera que des al dolor lo que pide la naturaleza y no la costumbre; porque hay muchos que lloran para que los vean y se les secan los ojos en cuanto que no tienen espectadores, pensando que es una vergüenza no llorar cuando todos lo hacen. Tan profundamente se ha arraigado este mal de estar pendiente de la opinión ajena, que ha venido a simularse hasta una cosa tan sencilla como el dolor.

XVI. Síguese tras esto una parte que no sin razón suele contristar y poner en cuidado. Cuando los finales de los buenos son malos, cuando se le obliga a Sócrates a morir en la cárcel, a Rutilio a vivir en el destierro, a Pompeyo y a Cicerón a entregar su cabeza a sus clientes, a aquel Catón, viva imagen de la virtud, a echarse sobre la espalda haciendo manifiesto que a la vez se acababa con él y con la República, por fuerza ha de atormentar que la fortuna distribuya los premios tan inicuamente. ¿Qué ha de esperar cada uno para sí viendo las cosas tan malas que han padecido los mejores? Pero ¿qué es esto? Fíjate cómo cada uno de ellos lo soportó y si fueron fuertes, desea tú su fortaleza, y si perecieron como mujerzuelas cobardemente, nada se perdió: o fueron dignos de que su virtud te agrade o indignos de que eches de menos su cobardía. Porque ¿qué sería tan vergonzoso como que los hombres más grandes, por haber muerto con fortaleza, hicieran tímidos a los demás? Alabemos una y otra vez al digno de alabanza y digamos: “Cuanto más entero, tanto más feliz, Escapaste ya de los humanos azares, de la envidia, de la enfermedad; saliste ya de la prisión, no le pareciste a los Dioses digno del infortunio, sino indigno de que la fortuna pudiese algo contra ti”. Pero a los que tratan de escaparse y en la misma muerte se revuelven a la vida, hay que obligarles echándoles las manos. No he de llorar a ninguno que esté alegre, ni a ninguno que llore; el primero enjugó él mismo mis lágrimas, el segundo con las suyas ha hecho que no sea digno de ninguna. ¿He de llorar a Hércules porque fue quemado vivo, o a Régulo, que fue traspasado por tantos clavos, o a Catón, que hirió a sus mismas heridas? Todos estos encontraron al precio de un ligero tiempo la manera de hacerse eternos y muriendo alcanzaron inmortalidad.

XVII. También es materia no pequeña de preocupación el tenerla grande de componerte sin que te manifiestes a nadie con sencillez, como es la vida de muchos; fingida y ordenada a la ostentación. Atormenta, en efecto, la continua observación de uno mismo y el temor de ser sorprendido de otro modo que como de costumbre. Nunca nos libraremos de la preocupación si pensamos que han de hacer aprecio de nosotros cada vez que nos vean, pues ocurren muchos incidentes que contra nuestra voluntad nos desnudan y, aunque resulte bien tanta diligencia, no es agradable ni segura la vida de los que viven siempre con una máscara. En cambio, ¡qué placer el de una sencillez sincera, sin otro adorno que ella misma, que no oculta nada de sus costumbres! Corre, sin embargo, esta vida peligro de ser despreciada, si todo ella está patente a todos, pues hay a quienes enoja lo que ven de más cerca. Pero no hay peligro de

que la virtud se envilezca por acercarse a los ojos y mejor es ser despreciado por la sencillez que ser atormentado por una perpetua simulación. Usemos, sin embargo, de moderación: hay mucha diferencia entre vivir con sencillez y vivir con negligencia.

Hay que recluirse mucho en sí mismo, porque el trato con los que no son semejantes descompone todo lo no bien compuesto, renueva los afectos y ulcera cuanto en el ánimo hay flaco y mal curado. Hay que mezclar y alternar la soledad y la comunicación. Aquélla nos hará desear a los hombres, ésta, a nosotros; y así la una será el remedio de la otra; la soledad nos curará del aborrecimiento de la multitud, y la multitud, del fastidio de la soledad.

Ni se ha de tener la mente siempre en la misma intención o tensión, sino que ha de ser llevada a los entretenimientos. Sócrates no se avergonzaba de jugar con los niños; y Catón rebajaba con vino su ánimo fatigado de los cuidados públicos; y Escipión danzaba con aquel su cuerpo triunfante y militar, pero no doblándose suavemente, como hoy acostumbran los que aun andando dejan atrás la molicie femenina, sino como aquellos antiguos varones acostumbraban, en los juegos y en las fiestas, a bailar varonilmente, sin desacreditarse por ello aunque fueran vistos por sus mismos enemigos. Hay que dar reposo a los ánimos; de él se levantan mejores y más valientes. Así como a los campos fértiles no se les ha de exigir excesivamente -porque pronto los agotaría una fertilidad nunca interrumpida-, así el continuo trabajo quebranta el ímpetu de los ánimos, que recobrarían las fuerzas con un poco de descanso y de distracción; de la continuidad de los trabajos nace cierto embotamiento y flojera de los ánimos.

No tendería a esto con tanta fuerza el deseo de los hombres si el juego y la distracción no tuvieran cierto natural deleite, cuyo uso, si es frecuente, quita a los ánimos todo peso y toda fuerza; pues hasta el mismo sueño, que es tan necesario para el descanso, si lo continúas de día y de noche, sería la muerte. Hay mucha diferencias entre que aflojes algo y lo sueltes. Los legisladores instituyeron días de fiestas para obligar públicamente a los hombres al regocijo, interponiendo a los trabajos una templanza como necesaria, y, como ya he dicho, los grandes hombres se tomaban todos los meses vacaciones por algunos días, y otros los repartían todos entre el ocio y el trabajo. Así, lo recordamos de Asinio Polio, un gran orador, al que ningún asunto retuvo más allá de la hora décima; después de esta hora no leía ni siquiera una carta, para no tener nuevas preocupaciones; pero en aquellas dos horas reparaba el cansancio de todo el día. Otros partieron el día por la mitad y dejaron las horas de la tarde para los negocios de menor cuidado. También nuestros mayores prohibían que se hiciera en el Senado ninguna nueva deliberación después de la hora décima. Los soldados se reparten las guardias de la noche y de ella quedan libres los que vuelven de una expedición. Hay que ser condescendiente con el ánimo y darle algún ocio, que sea como su alimento y vigorización.

Ha de hacerse el paseo por espacios abiertos para que el ánimo se fortifique y levante al cielo libre y a pleno aire; algunas veces un paseo en carruaje, el camino y el cambio de la región dan fuerzas, como un convite y una bebida un poco más copiosa. Algunas veces hay que llegar hasta la embriaguez de modo que no nos hunda, sino que nos divierta, porque disuelve los cuidados, conmueve hasta lo más profundo del ánimo y le cura de la tristeza como de otras enfermedades; y Liber fue llamado el inventor del vino no porque desate la lengua, sino porque libra al ánimo de la servidumbre de los cuidados y lo fortalece y hace más vigoroso y audaz para todos los intentos. Pero como en libertad también en el vino es saludable la moderación. Se dice que Solón y Arcesilao fueron dados al vino; a Catón se le reprochó la embriaguez; pero sea quien fuera quien se lo imputara, más fácilmente hará Catón honesto al crimen que éste deshonesto a Catón. Pero no ha de hacerse con frecuencia, para que el ánimo no contraiga la mala costumbre y tan sólo de vez en cuando se le ha de llevar a la alegría y a la libertad removiendo un poco la triste sobriedad. Pues si hemos de creer al poeta griego, "alguna vez da alegría el enloquecerse", y si a Platón, "en vano llama a las

puertas de la poesía el que es dueño de sí" y si a Aristóteles "nunca hubo un gran ingenio sin alguna mezcla de locura", porque no puede hablar cosas grandes y superiores a las demás, sino la mente excitada. Cuando desprecia lo vulgar y acostumbrado y se levanta a lo alto por un instinto sagrado, entonces canta por fin algo grande con boca mortal. Mientras una persona esté en sí, no puede alcanzar algo verdaderamente sublime y arduo; es menester que se aparte de los acostumbrado, y ha de elevarse tascando el freno, y arrebatando a su jinete lo ha de llevar allí donde por sí solo no se atrevería a subir.

Con esto tienes, oh carísimo Sereno, los medios que pueden defender la tranquilidad o restituirla o resistir a los vicios que quieren deslizarse en el alma. Pero has de saber que ninguno de ellos es bastante fuerte para conservar cosa tan frágil si un intenso y asiduo cuidado no cerca como una valla al ánimo resbaladizo.

FIN DE "DE LA TRANQUILIDAD DEL ÁNIMO"